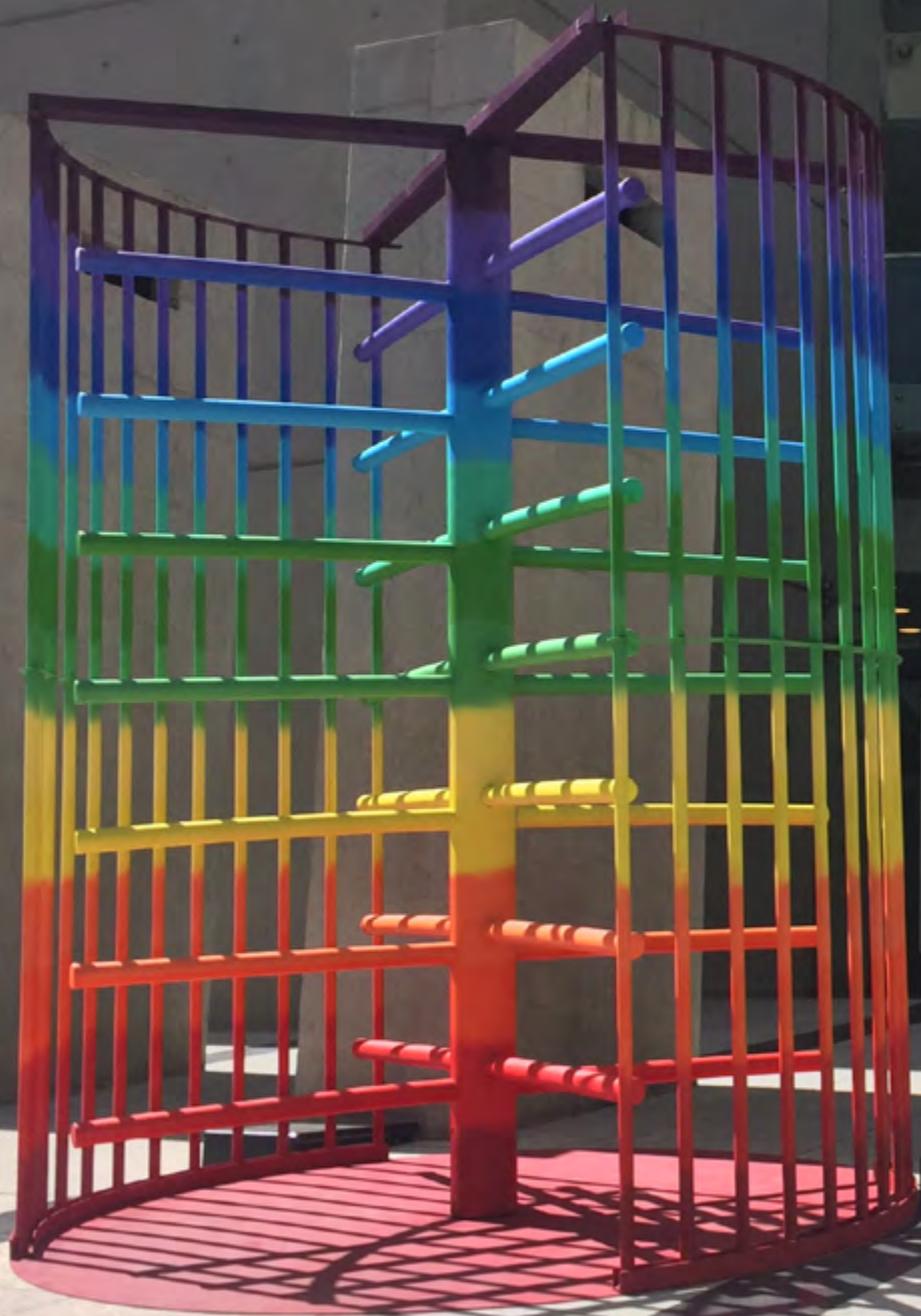


Integración regional de la educación superior

Rodrigo Arocena, *profesor jubilado de la Universidad de la República*
Francisco Tamarit, *Universidad Nacional de Córdoba*
Lorenza Villa Lever, *Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM*



PRESENTACIÓN



Entre las pocas certezas que tenemos en este confuso presente, resalta claramente la fuerte convicción de que promover la cooperación sigue siendo un factor esencial para la propia subsistencia de la especie humana y de otras formas de vida en nuestro planeta. Paradójicamente hoy, cuando contamos con un enorme repertorio de soluciones tecnológicas a disposición de la humanidad para enfrentar tantos desafíos humanos, sociales y ambientales, y la velocidad de transformación digital parece no encontrar límites, la humanidad parece no encontrar solución para tantos nuevos y viejos desafíos, algunos de los cuales creíamos definitivamente superados.

La posibilidad real de una guerra de escala global con consecuencias impredecibles genera profundo sufrimiento y angustia, sobre todo entre sus víctimas directas, pero también entre quienes observamos pasmados como recrudece nuevamente la carrera armamentística. Vemos con frustración el resurgimiento de movimientos políticos que reivindican como genuinas a la intolerancia y la promoción del odio étnico y religioso, paradójicamente contra aquellos que hoy emigran de los mismos países que fueron víctimas de la esclavitud, el despojo y la ocupación. Ni las claras advertencias científicas sobre las consecuencias de la intervención humana sobre el medio ambiente ni la contundencia fáctica del calentamiento global parecen poder revertir el egoísmo de quienes anteponen su codicia, política y económica, a las necesidades de un planeta que no para de sufrir.

El egoísmo y la violencia, lejos de desaparecer, como soñaron los fundadores de la ilustración, se vuelven nuevamente moneda corriente de nuestro cotidiano, y ponen en riesgo los grandes avances en materia de derechos que hemos alcanzado como especie. La injusticia se naturaliza en todas las escalas, desde las relaciones internacionales hasta las relaciones interpersonales, y el racismo que creíamos en proceso de extinción gracias al empuje civilizatorio de los últimos siglos se reinventa para promover la desigualdad y el sufrimiento humano. Estas son apenas algunas de las muchas calamidades con las que convivimos día tras día, año tras año. Surge entonces la pregunta que nos abruma. ¿Qué podemos hacer desde América Latina y el Caribe ante este panorama desolador, angustiante e incierto? Y aún a sabiendas de que las opiniones son muchas y muy diversas, sin duda podemos afirmar que lo primero que debemos hacer es cooperar más y mejor.

Si a nivel planetario resulta acuciante refundar un nuevo modelo de cooperación internacional justo y humanista, en nuestra región este mandato se vuelve imperioso. No se trata ya de cumplir el sueño aplazado por siglos de quienes lucharon por nuestra emancipación continental y vieron sus planes sucumbir frente a intereses mezquinos locales e imperiales, si no de atender a una necesidad insoslayable de promoción de la integración, pues sin integración no podremos revertir tantos siglos de desunión, divisiones y enfrentamientos.

Necesitamos potenciar nuestras capacidades locales y regionales y a partir de éstas construir un futuro próspero y justo para nuestros pueblos, un futuro en el cual los estados puedan atender a tantas demandas postergadas y que se asiente sobre una nueva concepción del buen vivir y del desarrollo sostenible, siempre sobre la base del reconocimiento de nuestra rica diversidad cultural y respetando los saberes construidos y heredados por cada uno de los muchos grupos que conforman nuestra cultura latinoamericana y caribeña.

No tenemos derecho a ignorar u olvidar que nuestras naciones nacieron a través de desgarradores procesos de fragmentación y disputa, procesos que son responsables, al menos en parte, de muchas de nuestras debilidades estructurales. Sufrimos en carne propia los pesares del colonialismo imperial europeo que hizo de la inhumana esclavitud una herramienta un sistema perverso de explotación de los pueblos originarios y de los migrantes africanos y de expropiación de nuestros recursos naturales.

Nuestra tierra aún llora las penas de tantos dolores, de tantas humillaciones y convive, como puede, con la herencia de un pasado ignominioso que nos cuesta superar. Nuestras élites, lejos de conducirnos hacia un proceso de madurez emancipatoria, en muchos casos insisten en replicar los modelos de un pasado de extractivismo, pobreza y desolación ambiental que se tornan insostenibles para nuestros pueblos. Todos estos problemas son parte de un cuerpo de demandas humanas, sociales, económicas y ambientales que compartimos en toda la región y que no puede estar ausente del cotidiano de nuestra actividad académica.

Debemos despojarnos de cualquier pretensión de ser cómodos observadores para tornarnos actores sensibles de los cambios creativos que necesitamos. En definitiva, se trata de cuestionarnos si no llegó el momento de terminar con esa indiferencia indolente y elitista que caracteriza a gran parte del universo académico de la región y empezar a convivir con los pesares que nos rodean y a congobernarnos por este presente del cual también somos responsables, por acción o por omisión.

En este momento singular de la historia de la humanidad, signado por el avance exponencial de las tecnologías de la información y la comunicación, en el cual el conocimiento es sin duda el bien más preciado de cualquier sociedad contemporánea, debemos, desde nuestras instituciones de educación superior regional, encontrar nuevas formas de cooperación centradas no en la mercantilización de los procesos creativos y educativos, como viene sucediendo año tras año, sino en la promoción eficaz del acceso al conocimiento y sus bondades como un derecho humano y bien social al servicio de la vida en la tierra.

La integración regional de América Latina y el Caribe y su consecuente inserción en el mundo bajo nuevos paradigmas debe ser parte de nuestras agenda educativa, científica y tecnológica y nuestras instituciones deben no solo integrarse, sino también abrirse a nuestras comunidades para acoger en su seno los debates sobre cómo superar nuestras falencias, como dar sostenibilidad a nuestro futuro, como atender a los cientos de millones de hermanos y hermanas carentes de los derechos más esenciales, como cambiar nuestra matriz productiva y superar las debilidades de nuestras

democracias con más democracia, con más participación y con mejor representación.

Hemos sabido superar el pasado elitista que caracterizó a nuestras universidades por siglos y logramos en pocas décadas abrir nuestras casas de estudio a los problemas de nuestras regiones y de nuestros países. Pero hemos sido incapaces, hasta aquí, de integrarnos en un sistema universitario armonizado que promueva nuevas formas de cooperación educativa, científica y tecnológica. De todo esto se trata este número de Universidades que tuvimos el honor de coordinar por pedido del comité editorial y al amparo del apoyo incondicional de la UDUALC, institución que desde su fundación ha luchado sin cesar por la promoción de una virtuosa integración académica regional.

Aquí se reúnen las propuestas, reflexiones y experiencias de investigadores de tres países sobre la internacionalización de la educación superior y la producción y difusión del conocimiento científico, así como sobre la integración regional de las agendas de este nivel educativo en América Latina. La publicación subraya la importancia de los procesos de internacionalización e integración regional de las universidades como actores clave para poner en práctica estrategias para la construcción de redes de relación con el objetivo de producir y de difundir el conocimiento. Lo hace con una mirada crítica, que implica concebir la educación como un derecho y con base en el supuesto de que es responsabilidad de los Estados.

Con esa perspectiva, los artículos analizan las asimetrías en las condiciones en la generación de conocimiento en el contexto global de la ciencia, con la mirada puesta en alternativas al modelo de internacionalización y a la integración regional. En la región, la internacionalización de la educación superior y la cooperación sur-sur (CSS) se han concretado en una diversidad de respuestas orientadas a conservar la demanda de los servicios educativos de nivel superior apoyados por la reducción de fronteras con base en las tecnologías y en la creación de redes de colaboración, sin embargo, se enfrentan a las desigualdades sociales entre los países de América Latina, pero también a las brechas internas entre poblaciones urbanas y rurales, favorecidas o sumidas en la pobreza, que permean a estos servicios y redes.

A pesar de los avances en la expansión de la educación superior en la región, la persistencia de las desigualdades sociales y económicas tienen un peso muy importante en la distribución de las distintas poblaciones que ahora acceden a la educación superior, lo que es común que se traduzca en un acceso sin equidad a una educación de calidad y a tasas de permanencia y de egreso exitoso muy dispares. Ese es quizás el desafío más importante para la integración regional de este nivel educativo.

En otras palabras, los múltiples intentos por integrar la educación superior de la región no siempre se han logrado porque para impulsar estrategias comunes son necesarias ciertas condiciones que no se cumplen, o que se dan de manera parcial, y especialmente por las dificultades para implementar políticas conjuntas y para llegar a acuerdos sobre prioridades comunes a todos los países. No obstante, donde sí hay acuerdo es en que las universidades son una pieza clave para alimentar el flujo de recursos financieros, de

oportunidades de intercambio de académicos y estudiantes, de obtención de reconocimiento con base en la realización de actividades conjuntas y de posibilidades de cambio para lograr una colaboración que fortalezca a la educación superior como bien común, tal y como lo define la UNESCO, el cual requiere de equidad, democracia y libertad.

Un problema palpable en la actualidad, en el ámbito de la difusión de la ciencia, es cierta discriminación editorial que pueden enfrentar quienes buscan publicar un artículo en revistas científicas desde países no anglófonos. Se trata de sesgos que refuerzan prácticas desiguales que reproducen prejuicios para el reconocimiento de la calidad de la investigación, que lleva a juicios parciales en los procesos editoriales y a desigualdades en la circulación del conocimiento a partir de una dinámica editorial signada por criterios de evaluación, así como la exigencia del uso del inglés como lengua científica internacional, o la cuestión geográfica que jerarquiza las redes, según su ubicación el centro o la periferia. Tanto la integración regional como la internacionalización de la educación superior fortalecerían la posición de América Latina frente a este tipo de problemas, así como las estrategias desplegadas para contrarrestarlos.

Sin embargo, hoy en día no se puede hablar de internacionalización y de CSS sin tomar en cuenta la crisis sanitaria por covid-19 que vivió el mundo entre 2020 y 2022. El confinamiento forzado con todas sus consecuencias (personales, sociales, económicas, de aprendizaje, por citar algunas, supuso un momento crítico que obliga, en la postpandemia, a cambios en los ámbitos de la docencia, la investigación, la producción y transferencia del conocimiento, la gestión, y en fin) exige de las universidades y sus comunidades una reflexión sobre los cambios necesarios en las condiciones y prácticas anteriores, después de haber experimentado, en la incertidumbre, esquemas de educación más flexibles.

El uso intensivo de las nuevas tecnologías durante la pandemia mostró la necesidad de cambios que agilicen e interconecten a las instituciones de educación superior ubicadas en distintos países, preservando sus propias culturas y posiciones políticas, pero también fomentando la cooperación internacional en la que participen actores académicos, gubernamentales, empresariales y otros de manera colaborativa por el bien común.

La pandemia también puso de manifiesto las capacidades con que cuenta nuestra región para generar conocimiento de alto nivel y para usarlo de formas socialmente valiosas. La ciudadanía ha llegado a apreciar ese potencial propio como nunca antes, los gobiernos bastante menos.

Muchos grupos de investigación dedicaron grandes energías a la búsqueda de soluciones originales a los diversos problemas que la crisis suscitó, en el campo de la salud y en varias otras cuestiones sociales y económicas urgentes. Ante el egoísmo de los países ricos y el afán de lucro de tantas grandes empresas, que dificultaron la atención a la problemática del Sur global, la investigación regional supo hallar soluciones nuevas, incluso con mucho menor uso de recursos naturales, lo que constituye una pista de futuro para atender a la problemática regional.

Asimismo, las redes de colaboración forjadas durante tantos años entre equipos académicos, organismos públicos, movimientos sociales y empresas de variado tipo permitieron innovar activamente en el enfrentamiento

a la crisis. En esas labores, numerosas universidades públicas volvieron a mostrar tanto su compromiso social como su capacidad para las labores interconectadas de enseñanza, investigación y extensión.

Tales capacidades y compromisos pueden y deben ser herramientas mayores para afrontar los grandes desafíos de nuestra época. Para ello hay que promover, a la vez, la demanda social de conocimiento y la multiplicación de la oferta de nuevo conocimiento: cada una potenciará a la otra. Priorizando la búsqueda de nuevas alternativas para la sostenibilidad ambiental y la inclusión social, la investigación y la innovación de la región pueden avanzar notablemente y profundizar su inserción en el tejido colectivo de nuestras sociedades.

Eso es lo que volvió a demostrar la dura experiencia de la pandemia. Son muchos los actores sociales dispuestos a colaborar en esa dirección, desde sus experiencias y saberes específicos. A los gobiernos corresponde la principal responsabilidad.

